

REVISION DE LA CNT

Excepción hecha de los muchos millares de trabajadores encuadrados en sus filas, la Confederación Nacional del Trabajo resulta prácticamente desconocida para una mayoría de españoles, pese a haber sido la organización sindical más importante del país y el movimiento libertario más potente del mundo. Y no lo resulta únicamente ahora, cuando hace muy cerca de cuarenta años que sus locales fueron clausurados, suspendidas sus publicaciones y severamente prohibida su actuación, sino incluso en las épocas de su mayor intervención en la vida pública nacional. En torno a su funcionamiento interno, a sus procedimientos de lucha, a la acción directa que propugna y practica y a las ideas que la inspiran, predominan en general nociones tan vagas, confusas y contradictorias como alejadas de la realidad histórica.

Abundan los que no saben de la CNT más que lo leído ocasionalmente en periódicos o revistas y lo propalado por sus enemigos acerca de su intervención en huelgas y movimientos revolucionarios y, de manera esencial, de su actuación en los frentes y la retaguardia a lo largo de nuestra última contienda civil. De la originalidad de sus planteamientos, de las soluciones que tanto en guerra como en paz pretende dar a los problemas nacionales, de su dilatada historia a través de varias generaciones y de su profundo enraizamiento en extensas zonas de la geografía peninsular, en cambio, lo ignoran absolutamente todo.

Justo es consignar que algo parecido sucede con el resto de los partidos y organizaciones obreras hispanas. Fácil resulta comprobar con la lectura de los pocos libros sobre ellos publicados una falta de objetividad y rigor. Según sean amigos o enemigos los autores, encontraremos en la mayoría elogios desmesurados o no menos desproporcionadas censuras; unos no ven más que la parte positiva de su labor, mientras otros ennegrecen las tintas del cuadro. Por exceso o defecto, son pocas las obras que se libran de una deformación más o menos deliberada de la realidad histórica. Esta falta de información objetiva, veraz y desapasionada se acentúa considerablemente cuando se trata de la CNT. El hecho, un tanto sorprendente, obedece a tres causas distintas. En primer término, a la radical diferencia entre el anarcosindicalismo y los movimientos obreros —marxistas en su casi totalidad— predominantes en el resto del mundo; en segundo lugar, a las violentas pasiones en pro y en contra desencadenadas por el anarquismo español, y, por último, al escaso número de intelectuales entre sus militantes destacados. La sistemática desconfianza —plenamente justificada en ocasiones— del anarcosindicalismo hacia quienes no sean trabaja-

dores manuales, el hecho comprobado de que todos sus líderes fueran obreros auténticos y la total imposibilidad de que nadie utilizase la organización como escabel para alcanzar puestos políticos, constituyen a un mismo tiempo una de las mayores fuerzas del sindicalismo revolucionario y una de sus más sensibles limitaciones. En cualquier caso, es indudable que todos estos factores unidos contribuyen a que el movimiento libertario español sea tan mal conocido dentro y fuera de nuestro país.

En los últimos lustros, más fuera de España que en el interior de nuestras fronteras, por razones fácilmente comprensibles, se ha intentado llenar este vacío sin conseguirlo por entero. A viejos textos como "El proletariado militante", de Anselmo Lorenzo; "Las agitaciones campesinas andaluzas", de Díaz del Moral, y "El movimiento obrero español", de Manuel Buenacasa, así como a los artículos, folletos y opúsculos de Quintanilla, Isaac Puente, Pestaña y Peiró, han venido a sumarse obras tan interesantes como "La CNT en la revolución española", de José Peirats; la "Historia del movimiento obrero español", de Abad de Santillán; "Los anarquistas españoles y el poder", de César M. Lorenzo, o la "Historia del anarcosindicalismo español", de Gómez Casas, aparte de varias documentadas monografías de Antonio Elorza y los enjuiciamientos de Orwell, Souchy, Brué y Termine, Bulloton, Payne, Thomas, Rocker y Rudiger sobre la actuación confederal durante la guerra de España.

Aparece ahora en castellano una obra del historiador y político americano John Brademas —Anarcosindicalismo y revolución en España, 1930-1937 (Ariel, 1974)— que constituye una aportación valiosa y útil a la historia del movimiento libertario hispano. El libro es fruto de unos años de intenso trabajo recopilando datos, husmeando en archivos y hemerotecas, consultando personalmente o por escrito a los supervivientes de una época agitada y dramática e interpretando los hechos con el máximo rigor e imparcialidad. No era tarea fácil para un universitario anglosajón, graduado en Harvard y doctorado en Oxford, penetrar en el fondo de la política española en un período de tanta intensidad como el que transcurre entre el final de la Dictadura de Primo de Rivera y la caída del gobierno de Largo Caballero, acontecimientos que marcan la apertura y el cierre de una experiencia revolucionaria del más alto valor. Más difícil aún, conocer, distinguir y analizar las distintas tendencias que se agitan en el seno de la Confederación respecto a la colaboración política, la abstención electoral, la aceptación de la disciplina militar en tiempo de guerra y la participación directa en las tareas gubernamentales.

Brademas lo ha conseguido, generalmente con tanto acierto como desapasionada sinceridad. Podremos encontrar en su obra errores fácilmente subsanables —el de confundir a Rafael Sánchez Guerra con su padre, dos veces presidente de gobiernos monárquicos, por ejemplo— y discrepar de sus juicios en algunos puntos concretos. Pero por encima de ello hemos de reconocer lo completo de su información, la honradez de sus enfoques y la claridad un poco esquemática de sus planteamientos. Para él, las pugnas internas de la Confederación se deben de manera exclusiva a la diferencia entre los conceptos sindicalista y anarquista en su aplicación directa y práctica a unas circunstancias determinadas de la vida española. Este enfrentamiento alcanza su punto álgido en 1932, con la separación de los denominados sindicatos de oposición o "treintistas", que cuatro años más tarde, en el Congreso celebrado en Zaragoza en la primavera de 1936, se reincorporan a la organización confederal, salvo un reducido número de militantes que siguen a Pestaña en la fundación del partido sindicalista.

Es interesante la información, generalmente basada en documentos fehacientes, que Brademas aporta en "Anarcosindicalismo y revolución en España" con respecto a los años que preceden a la guerra civil. El distanciamiento de la República apenas proclamada ésta, el conflicto de la Telefónica, seguido por las huelgas generales de Sevilla, Zaragoza y Barcelona y el movimiento revolucionario del Alto Llobregat con la deportación a Villa Cisneros de más de un centenar de militantes confederales, acentúa la división ya exteriorizada en el Congreso del Conservatorio, y tiene su corroboración en la abstención electoral de 1933. Más tarde se plantea con carácter agudo el problema de la alianza obrera y las condiciones en que ha de llegarse a ella para que sea auténticamente revolucionaria. El período se cierra con el triunfo político del Frente Popular y con la unificación de las dos tendencias del sindicalismo revolucionario, ya en víspera de los acontecimientos de julio de 1936.

Pero acaso la parte más interesante de "Anarcosindicalismo y revolución en España" sea la que estudia el papel de primerísimo orden desempeñado por el movimiento libertario en los años de guerra. Aunque no abarca más que los diez primeros meses de la contienda, analiza certeramente los ímpetus y realizaciones revolucionarias de los hombres de la CNT, luchando contra toda clase de inconvenientes y, en primer término, con la hostilidad de algunos grupos, aliados suyos en apariencia, pero en el fondo más temerosos de la transformación radical de las estructuras de la sociedad española que de la pérdida de la guerra.

Señala con acierto Brademas que el ímpetu revolucionario que colectivizó industrias y culti-

vos no nació en los despachos sindicales, sino abajo en la base obrera, añadiendo: "La CNT, opuesta por razones tácticas a imponer el comunismo libertario en aquella fase de la revolución, aplaudió, sin embargo, el empuje colectivizador de las masas y siguió la pauta de someterle las grandes fábricas y los latifundios, y también, en la medida de lo posible, las fábricas más pequeñas y hasta las fincas de los propios cultivadores". Se consiguen los resultados más satisfactorios en las circunstancias más difíciles y se demuestra que la autogestión dista mucho de ser una utopía irrealizable (1).

Pero estas experiencias revolucionarias, por prometedoras que fuesen, no duran más que unos meses. Son aplastadas, no por el triunfo militar del adversario, sino por la oposición y las maniobras de los grupos políticos de la zona republicana, enemigos de la preponderancia de las organizaciones sindicales. Todo termina, según John Brademas, a mediados de mayo de 1937 con la sustitución del gobierno de Largo Caballero por el que preside Negrín. Claramente lo dice en la página 249 de "Anarcosindicalismo y revolución en España, 1930-1937", hablando de lo que significa el cambio ministerial en los siguientes términos: "Los socialistas de izquierda y la CNT habían sido desplazados. Las compuertas de la contrarrevolución se abrieron de par en par y ésta anegó a los anarcosindicalistas. Se detuvo la colectivización industrial y muchas fábricas, antes colectivizadas, fueron nacionalizadas. Ya vimos la suerte que aguardaba al Consejo de Defensa de Aragón y a las colectividades agrarias. Los anarcosindicalistas tuvieron que salir también de la Generalidad. Los decretos de policía se aplicaron sin contemplaciones y las patrullas de control tuvieron que disolverse conforme a la ley". "La prensa confederal quedó sometida a una censura mucho más sistemática que antes. La revolución vendría después de la victoria si vencían los republicanos. Y sería la revolución comunista".

"La guerra civil continuaba —concluye la obra—, pero la revolución española había muerto".

"Anarcosindicalismo y revolución en España, 1930-1937" incluye, aparte de una amplia bibliografía, dos apéndices del mayor interés. El primero es el manifiesto publicado en 1932 por el grupo de los treinta; el segundo, el informe del Comité Nacional de la CNT sobre los sucesos de mayo de 1937 en la ciudad de Barcelona. ■ E. DE G.

(1) Sobre el tema de la autogestión véase el artículo de Albert Pérez Baró, "Cataluña: Autogestión obrera durante la guerra civil", aparecido en TIEMPO DE HISTORIA, número 2.